

partido güelfo; en ellas se propagó, al lado de la liga lombarda, otra liga, una confraternidad laica instituida por San Francisco de Asís, los terciarios, güelfos de suyo; y no ciertamente porque al asociarse se propusiesen un fin político; sino porque, amantes de la Iglesia, condenaban a su perseguidor. En la abierta lucha trabada contra el Pontificado y el imperio, Menores y Predicadores son activos agentes al servicio del Papa; expulsados, de orden de Federico, del reino de Lombardia, metíanse no obstante por él, cruzaban montañas, vadeaban ríos, llevando y publicando en la comarca todas las Bulas de excomunión fulminadas contra el emperador. Si era forzoso que un mensajero arrostrase el peligro de intimar a Federico alguna nueva decisión de la Santa Sede, la comisión recaía siempre en los frailes. Cuando Federico, infringiendo el mandato del Papa, que le vedaba tomar parte en la Cruzada mientras se hallase bajo el peso de las censuras, pasó a los Santos Lugares, dos Menores fueron los encargados de denunciarle al Patriarca de Jerusalén, de prohibir a templarios, hospitalarios y caballeros teutónicos prestarle obediencia. No sin gravísimo riesgo ejercían los frailes tales oficios. Había sido el obispo Marcelino arrastrado y ahorcado de orden de Federico: los Menores enterraron su cuerpo; los imperiales lo exhumaron y colgaron nuevamente de la horca: ensañamiento que anunció el trato que a los Menores aguardaba. Su suerte común, al caer en manos de las tropas de Federico, era la hoguera o el dogal; pero usábase además un extraño tormento que les aplicaba de muy buen grado la guardia sarracena: en el sitio de la tonsura les imprimían con un hierro hecho ascua una cruz; a veces la repetición del suplicio consumía el hueso y descubría la masa encefálica. A despecho de estas atrocidades, el anciano Gregorio IX escribió a su legado recomendando que los ejércitos papales usasen de la mayor moderación y derramasen la menos sangre posible, a fin de que los prisioneros más bien tuviesen ocasión de regocijarse que de llorar su cautiverio.—“La Iglesia—decía—que protege al criminal para librarle de la muerte, debe huir de matar o mutilar. Prohibid tales violencias a los jefes

so pena de incurrir en nuestra indignación y en la multa que juzguéis adecuada.”

Hubo un instante en que los partidos güelfo y gibelino, los partidarios del Papa y el emperador, se hallaron frente a frente personificados en dos hombres. Era el uno de ellos Ecelino de Romano, llamado por toda Italia el *Feroz*, acerca de quien profesaba el pueblo la superstición referida por Ariosto,

*Ezzellino, immanissimo tiranno
che fia creduto figlio del demonio...*

(ORLANDO FURIOSO)

añadiendo el poeta que “tanto daño a sus súbditos y al bello país de Ausonia, que cotejados con él parecerán benignos Mario, Sila y Nerón”. Había Ecelino uncido a su yugo a la república veronesa, e impuesto freno a Vicenza, logrando al fin dominar a Padua, villa más rica y próspera que las restantes. Bajo su mando, cuantos amaban la libertad pisaron la escalera del patíbulo; sometida a su inicuo poder, la Marca Trevisana temblaba, y consejas semejantes al espantoso episodio del conde Hugolino en el poema dantesco se referían de los negros calabozos, tras de cuyas murallas sepultaba a sus víctimas. Pues bien, este hombre era el lugarteniente predilecto, el yerno de Federico II, y la opresión de gran parte de Italia se sostenía por la autoridad y fuerzas imperiales. Vivía a la sazón, en el territorio sujeto a Ecelino, otro hombre idolatrado del pueblo, apóstol de los perseguidos y de los humildes. Perteneecía a la Orden popular por excelencia, los Franciscanos; retoño de una raza ardiente, semi-africana, la portuguesa, su palabra desnuda de galas, pero inflamada y persuasiva, atraía de modo tal a las multitudes, que le seguían por campos y aldeas; y aunque profundamente versado en las Escrituras, el orador se ponía al nivel de su auditorio, y predicando al raso, bajo algún olmo, a la sombra de alguna parra, tomaba sus comparaciones de la naturaleza o de las sencillas costumbres de los campesinos reunidos al pie de su improvisada cátedra. Saltaban los peces del frío centro de las olas por escuchar la voz del milagroso frai-

le; mujeres injustamente acusadas se arrojaban a sus pies, y él concedía articulada voz al niño que está en la cuna, para defender a la inocente madre. El entusiasmo y amor que inspiraba llegaron a tanto, que una escolta de mozos fornidos se impuso el cargo de rodearle para impedir que al terminar los sermones, la gente, en su anhelo de tocarle el hábito, le aplastase. Sucedió que un día se encontraron cara a cara el verdugo y el Santo de Padua, el hijo del demonio y el fraile a cuyos brazos descendía cariñoso y risueño el niño Jesús; justamente acababa Ecelino de degollar a muchos ciudadanos de Verona.—“¡Enemigo de Dios, tirano, cruel, can rabioso!—le grito San Antonio:—¿hasta cuándo derramarás sangre inocente de cristianos? La mano de Dios está sobre tí.”—Disponíanse los que rodeaban a Ecelino a despedazar al fraile, pero Ecelino, herido súbitamente en la conciencia, con asombro de todos, se le posternó delante, atóse a guisa de dogal su propio cinturón al cuello, y confesó sus culpas.—“No os asombréis—dijo después a sus estupefactos acompañantes:—en verdad os aseguro que cuando me apostrofaba he visto radiar de su rostro un fulgor divino, y de tal modo me espanté, que ya me creí en el infierno.”—Mas no fué tan completa la enmienda del pecador que no siguiese cometiendo, de tiempo en tiempo, algún crimen; y Antonio, que no lo ignoraba, por campos y ciudades iba predicando contra él. Despachóle entonces Ecelino dos emisarios con ricos presentes y un encargo secreto:—“Llevad de mi parte—les advirtió—estos regalos a fray Antonio: si los acepta, matadle; si los rehusa indignado, volveos sin tocarle el pelo del sayal.”—Obedecieron los mensajeros, y al encontrar a Antonio dijéronle respetuosamente:—“Tu hijo Ecelino de Romano se encomienda a tus oraciones, y te suplica aceptes este corto regalo que te envía con devoción, y ruegues a Dios por la salud de su alma.”—Desatóse el Santo en maldiciones contra aquellas riquezas, robadas a los hombres, instrumento de perdición, y arrojó de su presencia a los enviados, que manchaban el recinto de la celda. Cuando volvieron a Ecelino, éste exclamó:—“Semejante hombre es de Dios: dejadle que de hoy más predique cuanto quiera.”—¿Cómo

no había de obscurecerse la estrella imperial, y decaer la causa que contaba defensores análogos a Ecelino y adversarios semejantes al paduano Taumaturgo?

No triunfó la Iglesia por la alianza con la casa francesa, ni por las armas, sino por el prestigio moral que ejercía. Fué favorable la suerte de la guerra a los mismos que incesantemente procuraron la paz. Las legiones de Franciscanos y Dominicos, adictos al bando güelfo, andaban de aldea en aldea, de villa en villa, pacificando, reconciliando a encarnizados enemigos; Gregorio X anhelaba que no volviesen a resonar en sus oídos los nombres de güelfos y gibelinos, emblema de discordias: el propio fin se proponían los frailes. Tan sañudos eran los odios civiles, que los prisioneros de cada villa sufrían en la vecina, no sólo muerte, sino escarnio y tortura; y si acaso el venerado símbolo de la ciudadanía, el *carroccio*, caía en adversas manos, era objeto de burlescas profanaciones. Sin arredrarse por tal encono, iban los frailes de unos pueblos a otros derramando palabras de paz. Innumerables reconciliaciones se debieron a San Francisco, a ejemplo del cual su amigo el cardenal Hugolino concertó a Génova y Pisa, el cardenal Jácome aplacó la saña de Montescos y Capuletos, fray Venturino de Bérnago guió a Roma una peregrinación de diez mil lombardos, clamando paz y misericordia. Fray Juan de Vincenzo apenas elegía para sus pláticas otro tema sino la paz; en una llanura situada a tres millas de Verona convocó asamblea solemne de representantes de las villas y estados italianos; las ciudadanía se agrupaban en torno de sus magistrados y cónsules, llevando al frente el gonfalon; hasta el endiablado Ecelino asistía, seguido de sus vasallos, descalzos todos en muestra de humildad. Jamás, dice el historiador protestante Sismondi, se concibió más noble empresa que la de amigar a veinte pueblos enemigos, sin otra causa que el sentimiento religioso, sin otro móvil que el Cristianismo, sin otros medios que la palabra. El pacificador adoptó por texto la frase de Jesucristo:—“Os doy la paz, os dejo mi paz”; —trazó vivo cuadro de los males de la guerra, indicó después el remedio, obtuvo la promesa de reconciliación; para sellar el pacto, hizo que el güelfo marqués de Este

se casase con una hija del gibelino Alberico de Romano, y maldijo a los que en lo sucesivo renovasen las discordias. Mitad tribuno y mitad apóstol, Juan de Vicenzo dictó leyes, reformó y modificó los estatutos municipales, pidió y obtuvo por sufragio popular el gobierno de dos ciudades. Poco duró en tan azarosos tiempos la obtenida paz; esto mismo aquilata el mérito de la tentativa.

Bien entendía Federico II que jamás cedería la Iglesia, porque no podía ceder; ni menos se engañó acerca de la unanimidad de miras de los Pontífices; al saber que su amigo el cardenal Fiesco ceñía la tiara, exclamó:—“Fiesco era amigo mío, pero el Papa será mi enemigo”;—vaticinio tan acertado, que Inocencio IV no tardó en excomulgarle. Un punto se vió el partido gibelino próximo a vencer, cuando el casi centenario e indomable Papa Gregorio IX bajó a la tumba dejando su metrópoli cercada de huestes imperiales, pero lleno de confianza en que la navecilla de Pedro flotaría siempre, según escribió pocas semanas antes de morir. Dijérase que, libre de su antagonista, tenía Federico allanado el camino de subyugar definitivamente a Italia y consolidar el imperio. No fué así. Las villas coaligadas se obstinaron en su resistencia, rechazando a los alemanes; negáronse Tolemaida y los cristianos de Palestina a reconocer al excomulgado que se había ceñido con sus propias manos la sacra corona de Jerusalén, la corona del pío Godofredo, en el Santo Sepulcro; tras de estos reveses, vino el primer acto de la tragedia que acaba con la familia de Hohenstaufen; el hijo de Federico, Enrique, se arroja a caballo al fondo de un precipicio, por no ver el rostro de su enojado padre, así como, andando el tiempo, y a impulsos de un terror análogo, el de sufrir el castigo que su amo le impusiese, el canciller favorito de Federico, Pedro de las Viñas, había de romperse el cráneo contra los muros de su prisión.

Por entonces consternaba a Europa el temor de la invasión bárbara: se sabía ya que avanzaban hordas mongolas sobre el Occidente; no eran los conquistadores primitivos, semisalvajes, pero capaces de establecerse y de fijarse, de concluir por ciudadanos y agricultores, sino tribus nómadas, errantes, propuestas a no dejar sobre la

haz de la tierra ciudad ni habitación humana, a convertir el mundo civilizado en ancha estepa sembrada de ruinas que libremente pudiesen cruzar sus ágiles y peludos caballejos del desierto. Amenazado el rey de Hungría por las olas furiosas del torrente tártaro, pidió socorro a Federico II, ofreciendo rendirle pleito homenaje; Federico, en vez de un ejército, le envió estudiada carta, henchida de fórmulas retóricas: sólo la Iglesia trató de acudir, hasta donde lo consentían sus fuerzas, a remediar el daño, ya excitando a los príncipes cristianos a unirse y defenderse, ya enviando embajadas y misiones al jefe mogol, con el fin de atraerle al cristianismo, que vagos rumores y la misteriosa historia del *Preste Juan* le suponían inclinado a abrazar. Segunda vez vendió Federico a la Cristiandad y a Europa; la expiación fué proporcionada a la culpa; el trágico destino de la casa de Suabia se cumple en el mismo siglo XIII; Manfredo enterrado al borde de un camino, bajo un montón de piedras; Encio en eterno cautiverio; Conradino degollado en la plaza de Nápoles; Margarita mordiendo con desesperado amor, en su fuga, la mejilla del hijuelo que abandona, forman un cuadro comparable sólo al de los infortunios de la familia de Tancredo. Disipóse el brillo y el esplendor de la casa de Suabia como la luz de la antorcha que Inocencio IV apagó en las losas del templo al pronunciar la excomunión de Federico; extinguióse la descendencia del rey que había dicho a los palermitanos:—“Regocijaos conmigo; la Providencia me concede gran número de hijos, y nunca sufriréis la desdicha de que os falte rey.”—Cuando tales sucesos ocurrían en Italia, cierto caballero mozo, que se divertía cazando por las montañas de Suiza, vió que un pobre párroco, portador del Viático para un enfermo, no lograba atravesar ancho torrente engrosado por las lluvias. Bajóse el magnate de su caballo, ofreciéndolo al cura, y, así que éste montó, tomando al corcel del diestro, lo guió por el difícil vado. Queriendo el cura restituir el caballo a su dueño, negóse éste a recibirlo, declarándose indigno de cabalgar en montura que acababa de servir al Rey de los Cielos. Corrió la fama del caso; Alemania bendijo al príncipe, y una reclusa predijo glorias a él y a su estir-

pe. El protagonista de tal escena, que inmortalizó el pincel de Rubens, era un mancebo denodado, alto y hermoso, Rodolfo de Augsburgo, langrave de Alsacia; en sus manos cayó la herencia imperial de la casa de Hohens-
taufen; por caprichosa ironía del destino, Federico II le había tenido sobre las fuentes bautismales y armado caballero.

Si las Ordenes mendicantes cooperaron en Italia a la supremacía güelfa, no se concretó su actividad a tan estrecho escenario. Supieron contrastar a Federico, desafiando su ira, calmar los dolores de la patria; pero todo ello fué parte no más de sus trabajos: el mundo les ofreció ancho palenque, y, fieles a la consigna de sus fundadores, se repartieron en dirección de los cuatro puntos cardinales. Donde quiera que hubiese hombres y tierras conocidas aparecían los hábitos franciscano y dominico. El oficio principal de los Dominicos fué científico y polémico. Llamábanse Orden de Predicadores, porque, armados de elocuencia y sabiduría, buscaban a los herejes para retarlos a la disputa. Según descripción de un testigo ocular, el fundador de los Dominicos presentaba el tipo que reprodujo tantas veces en sus místicas tablas el beato Angélico: cuerpo esbelto, rostro apacible y sonrosado, cabellos y barba de un rubio encendido, claros ojos; por entre sus cejas brotaba cierta luz; y tan copiosamente poseía el don de lágrimas, que le saltaban de los lagrimales como dos inagotables arroyuelos. En el siglo XIII, Santo Domingo y sus hijos viven especialmente en la tierra maniquea de Languedoc, que dos hombres sometieron al catolicismo; nombrando a Domingo de Guzmán, no cabe omitir a Simón de Monforte. A ningún personaje del siglo XIII denigran los historiadores con más empeño y menos razón que al vencedor de Mureto. Se mostró tan grande, que apenas se entiende cómo hay espíritu de partido que alcance a negar la majestuosa alteza de su figura. Con ser la Edad Media tan fértil en eminentes caracteres y almas de temple vigoroso, no cuenta muchas comparables a la de Simón de Monforte. Recio campeador, su fe le convirtió en otro Macabeo, hizo de él el general en jefe del Espíritu Santo. Empeñado en un combate desigual, decía:—"No es dable que

sucumba; la Iglesia entera ruega por mí."—En vísperas de la jornada de Mureto, sabedor de que el galante y enamorado rey de Aragón escribía a cierta dama albigena de Tolosa que—"únicamente por sus ojos tomaba las armas," exclamó: "Segura es nuestra victoria, pues tenemos de nuestra parte a Dios, y él sólo los ojos de su dama."—Y con todo esto, bajo la coraza de Simón de Monforte no late un corazón de roca; cuando después de lidiar todo el día en Mureto con leonino arrojo, ve tendido en el suelo el cadáver del rey Don Pedro, y le conoce por la elevada estatura, surca sus mejillas compasiva lágrima. Simón y Domingo, el acero y la palabra, yendo por diversas sendas a un mismo punto, cerraron al poder mahometano la entrada de Europa, como la casa de Anjou les interceptó el paso de Sicilia, concluyendo con los Hohenstaufen. Es de advertir que en este género de cruzadas interiores los príncipes ortodoxos se extralimitaron a veces, excediéndose de lo dispuesto por los Papas, que si comprendían cuán ligados se hallaban sus intereses a los de Simón de Monforte, el rey de Francia y Carlos de Anjou, no podían menos de alzar su voz, según el espíritu cristiano, demandando piedad para los vencidos. Desaprobó Roma las matanzas de Carcasona y Beziers y el suplicio de Conradino; y cuando el hijo del fautor de la herejía, del declarado enemigo de la Iglesia, del conde de Tolosa, declara al Papa su intento de cobrar la pérdida herencia con las armas, el Pontífice, que ya le había consolado devolviéndole buena parte de sus feudos, le bendice afectuosamente. Entendía el Papa que la guerra del Languedoc, si comenzó religiosa, terminaba nacional, y que a la Iglesia le tocaba luchar como Santo Domingo, a fuerza de sermones, de actos de caridad y ejemplos; con la eficacia de la palabra y de la virtud.

A San Francisco se le encuentra no solamente en Languedoc, sino en todas partes. Su espíritu circula por cada vena del cuerpo social; lo practican los reyes santos del siglo XIII, el conquistador de Sevilla, San Fernando, que a imitación del penitente de Umbría se recuesta en ceniza para morir; San Luis de Francia, varón perfecto, educado por franciscanos, y que fué como un San Francisco en el trono; la langravesa de Turingia, que ciñó su

delicado talle con la nudosa cuerda de los terciarios; se comunica a Siria y Palestina, al Africa, al Mogol, al corazón del imperio chino; a los más remotos países, lo mismo que a los caseríos toscanos. Humildes frailes hollaron las rutas que conducían a Tartaria, y revelaron a Europa un nuevo mundo preluando los descubrimientos geográficos y cosmográficos del Renacimiento, describiendo el Asia, el Océano Indico, y poniendo en contacto la cuna del género humano con el centro de la civilización. Y si las ciencias físicas debieron tanto a los misioneros, puede decirse también que el florecimiento intelectual del siglo XIII es obra de frailes; memorable obra en verdad, porque en aquel siglo se estableció el comercio de ideas entre europeos, hebreos y sarracenos; se perfeccionó el conocimiento de la antigüedad con las escuelas aristotélica y neoplatónica; difundieronse tratados árabes de medicina y astronomía. Bolonia profundizó el estudio del derecho; adelantó Salerno en la enseñanza de la ciencia de curar, y en París y Oxford lanzó resplandores clarísimos la filosofía escolástica; vitalidad científica asombrosa que se cifra en los nombres de unos cuantos frailes. Alejandro de Hales, Rogerio Bacón, Vicente de Beauvais, Alberto el Grande, San Buenaventura, Santo Tomás, Escoto,—que cada cual comprende una rama de los conocimientos humanos, y alguno las abarca todas.—Con San Francisco renacen y se transforman la oratoria sagrada, la poesía vulgar, la pintura, la arquitectura gótica, la filosofía mística, la estética de Platón, la escultura. Apenas hubo astro entre los que, del siglo XIII al XIV, alumbran los cielos de la inteligencia, que dejase de tomar luces del serafín de Asís: Rogerio Bacón, el fundador del método experimental en las ciencias de la naturaleza; San Buenaventura, el poeta filósofo; Jacopone de Todi, el cantor de la pobreza, el poeta popular; Nicolás de Pisa, el escultor nuncio del Renacimiento; Cimabúe, el último pintor bizantino, y Giotto, el primer pintor humano y moderno; Escoto, el gran dialéctico; Juan de Parma y Gersón, profundos contemplativos; el anónimo autor de las *Floreccillas*, y el vate enérgico que cierra la Edad Media, como Homero cerró los tiempos heroicos; todos bebieron en el mismo ardiente manantial

de inspiración; todos se calentaron a la llama del amor franciscano. De suerte que no es lícito hablar de San Francisco como de otro cualquier personaje eminente, sino que hay que apreciarle en la multiplicidad de su acción, y verle dominando a su siglo, siendo como la flecha, como la aguja más aérea y más alta, más próxima al cielo, del edificio ojival llamado Edad Media. En la cima del siglo XIII, se destaca el santo de Asís.

Hora es ya de que la flecha gótica rasgue las nubes y la catedral se termine, porque la Edad Media toca a su fin. Próxima a espirar, despide la lámpara destellos más vivos: en las postrimerías de la era santa y heroica, aparece numerosísima falange de héroes y santos. San Luis consagra el postrer esfuerzo de las Cruzadas moribundas; por él aprendieron los pueblos a respetar la corona, a considerar al rey ungido de Dios: sublime en cada acto de su vida, nunca lo fué más que cuando la adversidad le abrumó sin rendirle, cuando padeció su lento martirio en Tierra Santa, cercado de hambre y epidemia, las crines de su caballo abrasadas por el fuego griego, batiéndose como un héroe, sufriendo como un estoico y espirando en la postrer tentativa—sin lograr siquiera acercarse a las ansiadas costas del Asia—en las playas africanas, y viendo antes consumirse y fallecer a su hijo, a su ejército diezmado por la peste y exhalando, con el último aliento, el nombre de Jerusalén. El mismo carácter de bienaventuranza que en Luis IX y en su hermana Isabel veneraba el pueblo francés, España lo acató en San Fernando; Hungría en Isabel y su esposo Luis de Turingia; Polonia y Silesia, en la duquesa Edúvigis; Bohemia, en la hija de su rey, Santa Inés; Portugal, en Isabel, su reina; y así como el feudalismo se hizo aborrecible por la violencia, por las raíces bárbaras que nunca supo extirpar, la forma de gobierno de las sociedades modernas, la monarquía, fué amada por la santidad. No llovió la gracia únicamente sobre el trono: se extendió al pueblo, al clero, a toda categoría social. Como en enjuta yesca prende fuego la chispa, la más leve circunstancia formó santos. Andrés de Siena hace penitencia toda su vida, por haber dado muerte, en un arranque de indignación, a un blasfemo; San Ambrosio,

de Siena también, se dedica a combatir el vicio social de la Edad Media, la venganza; San Simón, el carmelita, habita desde la edad de doce años en el hueco de un roble. De puro repetidas, son usuales durísimas y extrañas penitencias. Cuando Santo Domingo se hallaba en Roma, una de sus ocupaciones era visitar a las reclusas, pobres mujeres que por devoción se emparedaban, y comían de lo que la caridad les arrojase; habíalas en gran número en la ciudad, ya en las laderas del monte Palatino, ya en los derruidos monumentos, en el hueco de las saeteras, en la cavidad de los acueductos. Cierta día, una penitente emparedada mostró al santo su seno roído de gusanos, que conservaba amorosamente como a huéspedes de la Providencia, y al tocarlos Domingo, los repugnantes bichos se convirtieron en diamantes preciosos. Una hija del rey de Hungría, Margarita, virgen de doce años, dormía con una piedra a guisa de almohada; otro hijo y nieto de reyes, el que más tarde fué San Luis, obispo de Tolosa, se tendía a los siete en una estera; Peregrino Latiozi, con el muslo devorado por un cáncer, no se quejaba jamás, y llamábanle el nuevo Job; Amado Ronconi despedazaba sus espaldas a disciplinazos; Ivo de Bretaña lavaba las úlceras de los enfermos en un hospital fundado por él mismo; Margarita de Cortona, la Magdalena de la Edad Media, llegaba, en el anhelo de la expiación, hasta querer destruir violentamente su fatal hermosura. No hubo estado humilde e ínfimo que no tuviese su representación en la aristocracia del bien; Santa Zita de Luca fué criada de servir hasta su muerte; asimismo Margarita de Lovaina en un mesón, donde murió asesinada, víctima del cumplimiento de su deber; el beato Alberto de Bérgamo era un labrador; el beato Nevolón de Faenza, un zapatero. A fines del siglo sube al trono de San Pedro otro santo, el antecesor de Bonifacio VIII, Celestino V, todo embebido de las doctrinas contemplativas de San Francisco, todo desecado por horrendas maceraciones; ¿qué mucho, si hasta la raza de Hohenstaufen dió santos, y la pura y noble esposa de Dionisio de Portugal, Santa Isabel, era nieta del bastardo de Federico II, Manfredo el desalmado? Siglo de peregrinos contrastes fué el décimotercio, como

que encierra el crepúsculo vespertino de una edad y el matutino de otra. El entusiasmo de las Cruzadas, que decae en nobles y reyes, se despierta en los inocentes, en los niños. De pronto, sin precedentes que expliquen el hecho, multitud de criaturas se reúnen en Francia y Alemania, toma la cruz y se pone en marcha hacia Oriente; a las gentes que las encuentran por los caminos y preguntan que adónde se dirigen, contestan que a Jerusalén por orden de Dios; si las interrogan acerca de lo que las movió a partir, responden que lo ignoran. Algunos niños son robados, maltratados, y perecen miserablemente en los desfiladeros de las montañas: otros mendigan y mueren de hambre y frío en los nevados bosques. Cuando el Papa lo sabe, exclama suspirando y meneando la cabeza: "Esas criaturas nos echan en cara nuestro descuido." En la última mitad del siglo, se advierten nuevos síntomas de la sed de martirio y mortificación que lo consume: organizanse las bandas de flagelantes. Cohortes de penitentes desnudos, ceñida tan sólo la cintura, recorren villas y aldeas azotándose con recias disciplinas, abiertas las carnes y chorreando sangre. Emprenden tales excursiones hasta de noche, en invierno, en número de diez mil, precedidos de sacerdotes que enarbolan la cruz; entran en las iglesias y, prosternados, se confiesan con muchos gemidos y golpes de pecho. No son miserable trahilla de vagabundos; en sus filas se cuentan doncellas y damas nobles, ilustres caballeros; y al verles cruzar por los pueblos, las gentes se reconcilian entre sí, restituyen lo mal adquirido, reparten sus bienes a los pobres. Nadie logró averiguar el origen de devoción semejante. Ni Alejandro IV, que a la sazón se hallaba en Anagni, ni el superior de ninguna Orden la había dispuesto: pero comenzaron diez o doce individuos a practicarla, y la multitud se reunió y siguió sus huellas; en los sombríos países del Norte tan singular ejercicio se bastardeó, convirtiéndose en ilusionismo herético. Al fin de la centuria crece la perturbación de las almas, suspensas al borde del abismo entre la fe y la herejía: abundan las huestes rabiosamente laicistas y anti-jerárquicas de *Pastorzuelos*, que afirman no ser enviados de ningún rey ni Papa, sino de Cristo y su Madre;

pululan fraticelos y begardos, y se desencadena sobre Europa el soplo huracanado del *libre espíritu*; pero el siglo termina con un himno de fe ortodoxa, el Jubileo universal, al cual los paralíticos se hacen conducir en hombros, y acuden, desde los remotos confines septentrionales y orientales, madres que traen colgados del pecho a sus hijos, y ancianos casi centenarios. Entonces es cuando un vate excelso, un vidente, que grave, pálido y meditabundo se dirige a Roma, advierte que una edad se va para dejar a otra paso, y fecha el primer verso de su poema sublime, *nel mezzo del camin di nostra vita*: en la mitad de nuestro camino mortal. Los siglos que mueren fueron de inmensa poesía: toda la recogió el vasto genio del Dante. Dentro de la epopeya sacra, en la cual verdaderamente colaboraron tierra y cielo, se conservan, cual en preciosa urna, las virtudes del claustro y las agitaciones del mundo; el Pontificado y el Imperio; la escolástica y la teología; los odios güelfos y gibelinos, y el amor de San Francisco de Asís.

¡Cuán diverso del siglo XIII es el siglo de transición que sigue! Al dechado de perfección monárquica, San Luis, reemplaza Felipe el Hermoso, el monedero falso, que subiendo o bajando la ley de la moneda, adulterando el cuño y ahorcando a quien rehuse recibirla, rige, mejor dicho, esquila a sus vasallos. España logra un rey conquistador, pero licencioso, en Alfonso XI; síguele otro no menos libertino, que eclipsa altas cualidades con crímenes enormes, y afea con la crueldad la justicia; sus discordias de familia le obligan a aliarse al infiel sarraceno y al judío codicioso: en cambio, su fraticida hermano inunda a Castilla de rapaces aventureros franceses, y malgasta la hacienda y prodiga las mercedes regias sin tasa. Ya no es la raza semifeudal y caballeresca de Hohenstaufen la que persigue a la Iglesia: son gentes como Nogaret, legistas prosaicos, ergotistas secos y sutiles, que en vez de armas se valen de argucias; y con tales auxiliares, la estirpe de los Capetos, que produjo a San Luis, ahora abofetea y prende a Cristo en la persona de su vicario, y segunda vez le escarnece y da hiel y vinagre por bebida; Francia, la nación güelfa, deja atrás a la gibelina Alemania, y el descendiente de

Carlos de Anjou, *el flordelisado*, como le llama Dante con enérgica ironía, ultraja al Pontífice en Anagni. Los Papas se ven forzados a huir de Roma, y a refugiarse en Aviñón; el largo cautiverio de la Iglesia preludia los desastres de Francia, la invasión de los ingleses, las brutales algaradas de la jaquería, el señorío real humillado por el del preboste de los mercaderes, la peste, la miseria y mortalidad espantosas. No es mucho más risueña la situación de Alemania, desgarrada por la discordia, y la de Italia, donde enflaquecido y contrastado el poder pontificio, se sobreponen a las municipalidades los tiranuelos. Sufre la mujer el fatal influjo del decadente siglo; desvanécese la aureola de santidad que rodeó las sienas femeniles, y a las Isabeles de Hungría, Portugal y Francia, a las Blancas y Berenguelas de Castilla sustituyen las nueras de Felipe el Hermoso, con su pública vergüenza y su degradante e inhumano castigo; mancha el parricidio la progenie real; el rey de Inglaterra es bárbaramente asesinado de orden de su esposa, y la raza del monedero falso se extingue, como la de Federico II, envuelta en sus propios crímenes. Corrompidas las costumbres en toda Europa, reina la superstición, hallan ciega credulidad la magia y hechicería, el veneno, plaga del Renacimiento, comienza a infundir terror, y a cada nueva epidemia se figura el pueblo que judíos y leprosos emponzoñaron manantiales y fuentes. Las letras se acomodan a la marcha de los funestos tiempos, y en vez de los cantos místicos de Jacopone y San Buenaventura, y las varoniles estrofas de Dante, viene la grosera e inmoral utopía del *Roman de la Rose*, apoteosis de los sentidos que ni aun cohonesta la elegante forma ovidiana; resuena la carcajada de Boccaccio, cantando el vino y el amor sobre la abierta fosa de las víctimas que amontonó la terrible peste negra; en el mismo suave, elegíaco y exquisito Petrarca, se ve patente la decadencia si a Dante le comparamos. La filosofía escolástica, que resplandeció por última vez con Escoto y Lulio, se nubla con Ockam, y degenera luego en formalismo estéril y vano; eclipsase el sol de la fe religiosa, y ya no surcan el mar los cruzados por redimir las piedras de un sepulcro, sino los mercaderes en

demanda de oro y especias; no nacerán en el siglo xiv dos grandes Ordenes, pero muere infelizmente una de las más gloriosas y poéticas, y el siniestro fulgor de la hoguera de los templarios alumbra el amanecer de la sombría centuria: disminuirán las bellas y tiernas crónicas de santos, y la leyenda del décimocuarto siglo, laica y revolucionaria, será la del flechero suizo Guillermo Tell, considerada por la erudición moderna más dudosa e improbable que cuantas refieren los hagiógrafos. Por su parte, la Iglesia, fugitiva, refugiada, entregada a la dudosa protección de los monarcas franceses, cercada de enemigos, ve de nuevo relajarse la disciplina, y los clamores de Alvaro Pelagio, del obispo Durando, de las santas Brígida y Catalina, del Petrarca, se alzan pidiendo urgente reforma.

Tal retroceso en el siglo xiv, muestra cuánto fué grande la época que le precedió. No por eso hemos de tenerla por única, irremplazable y perfecta, ni creer que en todo realizase el programa del Cristianismo; pasó la Edad Media para siempre, sin que quepa en lo humano renovarla; Dios fijó su límite, y llegado éste, cayó en el abismo de los tiempos; dueños somos de amarla y admirarla, pero no la resucitaremos nunca. Lícito es emprender su vindicación, negando que la humanidad anduviese a tientas y sumida en sombras de ignorancia hasta que brilló la antorcha clásica del Renacimiento; justo es asimismo declarar que en período alguno honraron la historia caracteres más elevados y sublimes que en el medioeval. Monarcas, paladines, cruzados, monjes, frailes y palmeros, fueron superiores a los personajes que las edades heroicas de Grecia y Roma ofrecen a nuestra rutinaria admiración: la Edad Moderna no puede jactarse de poseer muchos dignos de compararse con ellos. Mas de esto a ensalzar sin restricción la Edad Media, a figurarnos que sólo volviendo a sus instituciones y costumbres dominará universalmente la ley de Cristo, hay gran distancia. Si algo resalta en el bosquejo que de la Edad Media hemos trazado, es cabalmente la continua modificación, el incesante progreso que en ella se realiza. A los que pretendan retroceder hasta los siglos medios, les preguntaremos: ¿a qué ins-

tante, a qué período? ¿a Constantino, que en rigor los inicia? ¿a Teodorico? ¿a Carlomagno? ¿a Ludovico Pío? ¿a Recaredo? ¿a los terrores del año mil? ¿a las Cruzadas? ¿a Inocencio III? ¿a San Luis y San Fernando? Porque si bien se mira, cada centuria y cada década y cada lustro, abrazan una etapa distinta, una dirección consecutiva, pero diversa, de la humanidad. Sólo hallamos en la serie de tales transformaciones un punto fijo, un rumbo invariable, como el que marca la estrella polar: este rumbo es el Cristianismo. Pero si en muchos conceptos la influencia del Cristianismo fué activísima en la Edad Media, no es dudoso que en otros se revela más en las siguientes edades: durante la Edad Media, el Cristianismo lucha sin tregua ni descanso para imponer su criterio y enseñanzas, y sólo lo consigue a duras penas; consúmese en esfuerzos gigantescos la Iglesia para lograr la paz, para atajar el derramamiento de sangre, para infundir suavidad a las costumbres, respeto a la libertad y vida humanas, reconocimiento del derecho de gentes; y todas estas mejoras, que tan difícil le fué obtener en la Edad Media, las ve casi sazonadas en la Moderna: así se verifica la teoría del progreso enunciada por Santo Tomás de Aquino. Ofrece la Edad Moderna una contradicción opuesta a la que en la Edad Media observamos: fué la Edad Media más cristiana de corazón y entendimiento que de costumbres: creyó en Cristo, le amó, pero anduvo reacia en seguirle y en obedecerle; la Moderna, más suave y benigna, más cristiana sin saberlo en parte de sus hábitos, en su noción del derecho, en su criterio social; está inficionada por el indiferentismo y el escepticismo, y prepara el advenimiento de un retroceso enorme, de una edad de barbarie moral, porque no impunemente luchan la teoría y la práctica, ni se infringe la ley divina sin que más tarde o más temprano venga a tierra la regla ética, en unión de las creencias que la instituyeron y la vigorizaron. Mucho bueno contiene la Edad Moderna, pero lo perderá todo si no se convence de que lo recibió del Cristianismo.

* No falta quien niegue tan clara verdad y preconice otras religiones como más civilizadoras: ceguera inex-

plicable o criminal malicia, que apenas se concibe dados los adelantos de la teología comparada y de la crítica histórica. Ha creado el Cristianismo la dignidad y personalidad del hombre; al vestir nuestra carne, el Hijo de Dios la redimió y regeneró juntamente. Por eso el Cristianismo es divino y humano a un tiempo; religión de la verdad revelada y de la equidad social. Convirtiendo la vista a los países donde imperaron otras creencias, se encuentra ya anarquía, ya opresión; sólo el Cristianismo forma naciones libres, comunicativas, capaces de grandeza y gloria. Nada arguye en contra de este aserto el que la civilización occidental haya sido lenta en su desarrollo: así como el dogma no se definió de una vez, sino poco a poco, en Concilios sucesivos, la cultura cristiana necesitó para desenvolverse y completarse el curso de los siglos. Ni obró el Cristianismo tales maravillas en virtud de cierta conformidad singular y característica con el genio de las razas europeas. La falsedad del concepto que refiere el alma del hombre a la naturaleza exterior y ajusta las religiones a los climas, se evidencia con sólo considerar lo que el Cristianismo había hecho de Africa y Asia, y lo que hizo después el islamismo. Al invadir los árabes la Siria Central, hallaron países cristianos y al par florecientes, donde nacían un arte y una civilización temprana y lozanísima. Pues bien; aquellas comarcas en que alboreaba el progreso, convirtiólas el islamismo en desiertos páramos; aquella raza inteligente y perfectible, en las hordas que hoy los recorren. Otro tanto sucedió con Africa. ¿Quién ignora el esplendor de las ciudades púnicas en los primeros siglos de la Era cristiana? Celebrados poetas y oradores salían de sus ardientes llanuras para ser pasmo de Roma; allí nacieron y se formaron los elocuentes apolo- gistas, los profundos teólogos, Tertuliano, Lactancio, San Agustín; la tribu bárbara entre los bárbaros, cuyo nombre simboliza la destrucción y el estrago, los vándalos, olvidaban su grosería y ferocidad al contacto de tan brillante cultura, y comenzaban a aceptar y aprovechar sus beneficios, cuando la irrupción musulmana sumió al Africa en la oscura noche que aún hoy la cubre, y la redujo a continente desheredado y salvaje. ¿Y qué

diremos de la decadencia del Oriente cismático, del estacionamiento de las regiones indo-chinas, aletargadas por sus panteísticas creencias? Inercia, atraso, y fatalismo dominan en los países más feraces y deleitosos del orbe. Aparte de ciertos adelantos industriales e inventos que conocieron, pero no aplicaron debidamente; de algunas ideas de justicia—que nunca faltan porque sin ellas no viviría el hombre;—de un arte más original que bello, ¿con qué pueden jactarse las razas asiáticas de contribuir a la civilización actual?

Otro carácter presenta el Cristianismo; y es ser la única religión comunicativa por sistema. El paganismo no concibió jamás que nadie se apartase de Atenas o de Roma para humanizar al salvaje o instruir al ignorante; y si budistas y mahometanos mostraron en sus primeras épocas empeño de catequizar—no siempre por medios suaves.—cansáronse presto, como no podía menos de suceder, dado el fatalismo en que se basan sus dogmas y filosofía. Religión universal y activa, el Cristianismo, en cambio, no cesó nunca de hacer prosélitos. Mientras duraba el encarnizado batallar de sarracenos y cruzados, los Papas sostenían correspondencia teológica con los califas, y mandaban embajadas para atraer a los mongoles. A ejemplo de Cristo, que desde el leño de la Cruz abrió los brazos para abrazar al Universo, la Iglesia llamaba a sí a todos los pueblos sin pedirles más que su alma y su fe, sin obligarles a innovar formas político-sociales; vivió con el feudalismo, con la monarquía, con las repúblicas italianas, y hubiera vivido con el imperio, a no haber éste pretendido arrogarse el ejercicio de las dos potestades. No se opuso al Renacimiento del siglo VIII, del XII, ni del XVI; antes los favoreció; al destruir las sectas, siempre combatió algún principio peligroso y antisocial; opúsose al arrianismo, que con sus doctrinas hubiese entregado a Europa al poder mahometano, reduciéndola entera al estado presente de Turquía; opúsose al maniqueísmo, que negaba toda autoridad y erigía un genio del mal frente al Dios del bien y de la justicia; a la Reforma, precursora del racionalismo moderno, que pretende derrocar la revelación, fundamento del Cristianismo. Si al lado de éste parecen tan

infecundas las demás religiones, ¿qué diremos de la peregrina fe independiente de nuestro siglo, sin dogmas, sin unidad, sin ley, sin objeto y sin culto? ¿Qué fuerza social, qué vigor y energía ha de ofrecer a los pueblos? ¿En qué consiste y para qué sirve tan vaga concepción de la Divinidad? Con la mano, digámoslo así, se tocan en la historia los efectos, el dinamismo social de un dogma definido y concreto; mas ¿qué darán de sí ideas heterogéneas y amorfas, sin consistencia ni coherencia, hijas del capricho o del sentimiento individual? Fúndanse el derecho, la ética, la propiedad y la familia, conforme al concepto de la ley divina que profesa cada pueblo. ¿En qué los fundará la Edad Moderna? De la nada, nada puede hacer el hombre.

No es hoy cuando tales verdades se demuestran plenamente, porque hoy—nunca lo repetiremos bastante—el mundo disfruta aún de los beneficios de la creencia que su indiferentismo va minando. Rechaza el dogma, pero se nutre aún de su moral, de sus teorías sociales; vive de su savia, subsiste de su herencia; ha respirado tanto tiempo cristiana atmósfera, que los átomos más leves de su organismo son, mal que le pese, cristianos. Mas como existe tan íntima relación entre el dogma y la moral que de él se deriva; como los principios que admite todavía la sociedad moderna son hijos de la palabra de Cristo, al negar la autoridad divina de esta palabra, niega de rechazo los principios. Sorprende a veces a la sociedad moderna la vista de lo mismo que en su seno se engendró, y con frecuencia ha renegado de sus hijos legítimos, porque mirándoles a la luz interior del Cristianismo que lleva en sí, le parecieren monstruos. Cuando logre apagar la lumbre celeste, caerá, según todas las probabilidades, en profundas tinieblas: o el mundo seguirá cristiano, o concluirá bárbaro. Estas son las consecuencias que se deducen del estudio de nuestra compleja y crítica Edad, hartó más agitada que la Edad Media en lo que se refiere al entendimiento y a los problemas sociales, si más tranquila en lo que a la seguridad material concierne.

Aun cuando no se ajustó la Edad Media en todas sus manifestaciones al modelo del Cristianismo, hubo una

en que señaladamente cumplió el Evangelio, y fué en la constitución franciscana. Obediencia, castidad y pobreza, son Jesucristo mismo. Y no es leve prueba de la eficacia de la idea franciscana el haber suscitado legiones de hombres que, no sólo en siglos de penitencia, sacrificio y abnegación, sino en edades de interés egoísta y de epicúrea indiferencia, renuncian a todo y se mantienen como quiso el fundador, muertos y no vivos, sujetos a estrecha obediencia, a castidad inviolable, a pobreza absoluta; dispuestos a la menor señal a ir entre pueblos salvajes, a dejarse martirizar oscuramente en el Japón, hoy que el martirio no gana otra gloria sino la del cielo. Todavía en el momento en que corre sobre el papel la pluma escribiendo estas palabras, quien visite las cálidas regiones del Mogreb y Palestina, regadas tantas veces con la sangre de los Menores, halla en aquellos límites extremos de la civilización el sayal humilde del misionero franciscano; y—cosa singular—ve el sepulcro de Cristo, que a costa de tantos y tan desesperados esfuerzos intentó vanamente rescatar de las profanaciones musulmanas la Edad Media, guardado y preservado por los franciscanos, que lograron así lo que obtener no pudieron las Cruzadas. En el siglo XIV, al cesar las Cruzadas definitivamente, es cuando Fray Rogerio Guarini obtiene del Soldán de Egipto, que le ceda el sagrado monte Sión. Siempre mostraron los musulmanes singular benignidad y deferencia a los Menores, cuyas austeridades les imponían el mismo respeto que les impuso un tiempo la virtud de San Luis. A fines del siglo XIII, ya un firmán de Malek-Naser expulsa a cualquier fraile—“que no sea de los de la cuerda”—del convento de Sión. Allí se mantuvieron los franciscanos firmes y quietos, sin arredrarse por los altibajos de la tolerancia sarracena, que frecuentemente se convirtió en torturas y suplicios; y así, resistiendo briosamente o persuadiendo con blandura, han logrado no desamparar un solo día el sacro lugar en que Cristo reposó después de muerto, y han conseguido que el cristiano que lo visite, reciba el consuelo de asistir en él a las ceremonias del culto.

La idea de San Francisco de Asís es inmortal. Por su

carácter caballeresco, por sus inclinaciones de trovador, por su novelesca fantasía poblada de combates, empresas y torneos, San Francisco es el hombre de la Edad Media: por su fe profunda, su ilimitada esperanza, su ardiente caridad, San Francisco pertenece a cualquiera de los siglos cristianos. Viva imagen de Jesucristo, es su leyenda la más milagrosa de la Edad Media: no todos los milagros que en ella se narran han sido reconocidos auténticamente por la Iglesia; pero en todos ellos, como en los del Salvador divino, hay tal efusión de amor y poesía, que no es lícito al historiador despojar al prodigioso Santo de un sólo rayo del áureo nimbo que cerca su frente. Mal pudieran hacerlo plumas católicas, cuando los escritores racionalistas no han sabido pintar a San Francisco sino como le vió la fe de su época; trucidados pies y manos por sus milagrosos estigmas, manándole de la llaga del costado un río de sangre, crucificado en vida, semejante a Cristo cuando fué descolgado del árbol de la Cruz. Si hay quien piense que es posible describir de otro modo al Serafín humano, inténtelo en hora buena; el arte, el sentimiento, la tradición y la historia se alzarán a desmentirle.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO.

SAN FRANCISCO DE ASÍS

CAPÍTULO I

PRIMEROS AÑOS

La naturaleza en Italia.—El pueblo natal de San Francisco.—Familia.—Nacimiento.—Educación.—Mocedades. Rostro y talle de San Francisco.—Planes de vida militar.—Nuevos caminos.—La soledad.—Primera prueba.

.....
Nueva criatura ha nacido en Cristo:
el hombre viejo se renovó

(*Amor de caridad, poesía atribuida a San Francisco.*)

Tiene el paisaje en Italia dos maneras muy distintas de ser bello. Cop sólo mirar el mapa de la Península latina, se advierte notable diferencia entre el contorno caprichoso, ondulante y accidentado de la costa que baña el Tirreno, y la línea severa de los márgenes del Adriático. A la parte del Tirreno están Génova, cantada por el Taso, con sus azoteas de mármol blanco y su bullicioso puerto; la cosmopolita Liorna; Roma y sus esplendores arquitectónicos; Nápoles y la torneada valva de su orilla. Allí esmal-